

llones de hombres, hasta el último asilo de la independencia del país; que la patria, ya bastante desgraciada, se convertiría en campo de batalla, y de asolación universal. Que no podía haber gloria en donde faltaba el patriotismo; que los conquistadores de la Europa no podían concluir como aventureros de la edad media, yendo á buscar tronos extranjeros despues de haber abdicado el del universo.

El emperador irritado, ó fingiéndolo al menos, pidió que le dejasen solo para reflexionar.

En cuanto salieron los mariscales: «¡Qué hombres!... dijo á Caulaincourt sentándose en frente de sus cartas; ¡Qué hombres! ¡No tienen ni corazón ni entrañas!... Mas bien soy vencido por el egoísmo y la ingratitud de mis hermanos de armas, que por la fortuna. ¡Todo está consumado! Marchad y confirmad las dos abdicaciones.»

Caulaincourt partió tercera vez para París. Ya no quedaba mas que estipular para Napoleon y su familia condiciones más ó menos generosas que los soberanos aliados concedían á aquella capitulación del mundo.

LIBRO NOVENO.

Tratado de Fontainebleau del 11 de abril.—Regreso de Caulaincourt y de Macdonald.—Napoleon se niega á firmar el tratado.—Rumores de envenenamiento.—Ratificación del tratado.—Vida de Napoleon en Fontainebleau.—Viage de María Luisa.—Su permanencia en Blois.—Lucha de María Luisa con los hermanos de Napoleon.—Su partida de Blois el 16 de abril.—Regresa á casa de su padre.—Últimos días de Napoleon en Fontainebleau.—Despedida y álocucion del emperador á su guardia.—Juicio acerca de Napoleon.

I.

Los pensamientos y las resoluciones se acumulaban y cruzaban en la mente de Napoleon entregado á sí mismo. Apenas marchó Caulaincourt, cuando el emperador, por medio de un ayudante que hizo le siguiese á París, le escribió: «Volved; traedme mi abdicación, estoy vencido, soy prisionero de guerra, cedo á la suerte de las armas, nada de tratado, un simple convenio debe ser suficiente.»

Por la noche, otro emisario llevó á Caulaincourt la orden de suspender toda negociación.

Despues en otro tercer mensage, le decia, «Os pre-

vengo me traigais la abdicacion. En todo caso, nada de estipulacion de dinero. Eso es humillante.» Siete correos en veinte y cuatro horas acosaron al negociador de Napoleon con órdenes y contraórdenes de aquella especie. Se arrepentia de haber abdicado: habia prestado su consentimiento para su destitucion y la de su familia. Preferia la condicion de vencido y la deposicion por las armas extranjeras, á un tratado y la deposicion voluntaria. Mas tarde podia acriminarse lo uno, y no protestarse contra el otro. Tenia razon entonces para quejarse en cuanto á sus proyectos futuros. Mas como todos los hombres indecisos, solo él tenia la culpa: habia firmado dos veces su propia condenacion.

II.

Su negociador en París y los mariscales que le ayudaban no escuchaban ya aquellas tergiversaciones de su pensamiento. Continuaban, por interés suyo, negociando para él y su familia las condiciones mas dignas de su pasada grandeza y de su seguridad futura. Su honor estaba interesado en que aquellas condiciones estuviesen al nivel del hombre cuya vida y honor habian garantizado al abandonar sus banderas. El dia 11 fué firmado el tratado en París por las potencias: en él se aseguraba á Napoleon una posicion intermedia entre la condicion de los reyes y la privada. Demasiado grande, si no era mas que un soldado; demasiado estrecha y amenazadora si todavia era un monarca. Concesion al terror de su nombre ó imprudencia de la magnanimidad de Alejandro. Diocleciano, despues del imperio, no quiso mas que un jardin en Iliria, y Cárlos V un convento en Estremadura. La sangre de la Francia y de la Europa borró bien pronto el tratado.

Héle aqui: hizo una pausa en el destino de Napoleon y en las calamidades de la Francia.

III.

TRATADO DE FONTAINEBLEAU DEL 11 DE ABRIL DE 1814.

«S. M. el emperador Napoleon por una parte y SS. MM. el emperador de Austria, rey de Hungría y de Bohemia, el emperador de todas las Rusias y el rey de Prusia, tanto en su nombre como en el de todos los aliados por otra; habiendo nombrado por sus plenipotenciarios, á saber: S. M. el emperador Napoleon, á los señores Armando Augusto Luis de Caulaincourt, duque de Vicenza, su caballerizo mayor, senador, ministro de relaciones exteriores, gran águila de la Legion de Honor, caballero de las órdenes de Leopoldo de Austria, de San Andrés, de San Alejandro Newsky, de Santa Ana de Rusia, y otras muchas: Miguel Ney, duque de Elchingen y mariscal del imperio, gran águila de la Legion de Honor, caballero de la Corona de Hierro y de la orden de Cristo; Jacobo Esteban Alejandro Macdonald, duque de Tarento, mariscal del imperio, gran águila de la Legion de Honor, y caballero de la Corona de Hierro.

«Y S. M. el emperador de Austria, el señor Clemente Wenceslao Lotario, principe de Metternich, Winebourg-Sachsenhausen, caballero del Toison de oro, gran cruz de la orden real de San Esteban, gran águila de la Legion de Honor, caballero de las órdenes de San Andrés, San Alejandro Newsky, de Santa Ana de Rusia, del Aguila negra y del Aguila roja de Prusia, gran cruz de la orden de San José de Wurtzburgo, caballero de la orden de San Juan de Jerusalem y de otras muchas, canceller de la orden de María Teresa, curador de la Acade-

mia imperial de S. M. I. y R. apostólica, y su ministro de Estado, de conferencias y negocios extranjeros.

(En el tratado con la Rusia están los títulos del baron de Nesselrode, y en el tratado con la Prusia los del baron de Hardenberg.)

«Los plenipotenciarios arriba nombrados, despues de proceder á cangear sus respectivos plenos poderes, han convenido en los artículos siguientes :

ARTICULO 1.º

«S. M. el emperador Napoleon renuncia para sí y sus sucesores y descendientes, como tambien para cada uno de los miembros de su familia, á todo derecho de soberanía y de dominacion, tanto sobre el imperio francés y el reino de Italia, como sobre todo cualquiera otro pais.

ARTICULO 2.º

«SS. MM. el emperador Napoleon y la emperatriz Maria Luisa conservarán sus títulos y cualidades durante su vida.

«La madre, hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas del emperador conservarán igualmente donde quiera que se encuentren, los títulos de príncipes de su familia.

ARTICULO 3.º

«La isla de Elba, adoptada por S. M. el emperador Napoleon para lugar de su residencia, formará durante su vida un principado separado, que poseerá en propiedad y soberanía.

ARTICULO 4.º

«Todas las potencias se obligan á emplear sus buenos oficios para hacer que los berberiscos respeten el pabellon y el territorio de la isla de Elba, y para que en sus relaciones con los berberiscos sea asimilada á la Francia.

ARTICULO 5.º

«Los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, se darán en propiedad y soberanía á S. M. la emperatriz Maria Luisa.

«Pasarán á su hijo y su descendencia por linea directa: el príncipe su hijo tomará desde este momento el título de príncipe de Parma, Plasencia y Guastalla.

ARTICULO 6.º

«En los paises que Napoleon renuncie para sí y su familia se reservarán patrimonios ó rentas sobre el gran libro de Francia, que produzcan una renta anual líquida de 2.500,000 francos, deducidas todas las cargas. Estos patrimonios ó rentas pertenecerán en propiedad, para que dispongan de ellas como mejor les parezca, á los príncipes y princesas de su familia, y se repartirán entre ellos de modo que la renta de cada uno esté en la proporcion siguiente:

«A la señora madre, 300,000 francos.

«Al rey José y á la reina, 500,000 fr.

«Al rey Luis, 200,000 fr.

«A la reina Hortensia y sus hijos, 400,000 fr.

«Al rey Gerónimo y á la reina, 500,000 fr.

«A la princesa Elisa, 300,000 fr.

«A la princesa Paulina, 300,000 fr.

«Los príncipes y princesas de la familia del emperador Napoleon conservarán ademas todos los bienes muebles é inmuebles, de cualquiera naturaleza que sean, que posean por título particular, y especialmente las rentas que disfrutan como particulares, sobre el gran libro de Francia ó el monte Napoleone de Milan.

ARTICULO 7.º

«La renta anual de la emperatriz Josefina quedará

reducida á un millon en propiedades ó en inscripciones en el gran libro de Francia. Continuará gozando en propiedad todos sus bienes particulares, muebles é inmuebles, y podrá disponer de ellos conforme á las leyes francesas.

ARTICULO 8.º

«Al príncipe Eugenio, virey de Italia, se le dará un establecimiento conveniente fuera de Francia.

ARTICULO 9.º

«Las propiedades que S. M. el emperador Napoleon posee en Francia, ya como patrimonio extraordinario, ya como privado, quedarán incorporadas á la corona.

«Sobre los fondos colocados por el emperador Napoleon, sea sobre el gran libro de Francia, en el banco de Francia, en las acciones de los canales ó de cualquier otro modo, y de que S. M. hace cesion á la corona, se reservará un capital que no esceda de dos millones, para emplearle en gratificaciones en favor de las personas incluidas en una lista que firmará el emperador Napoleon, y que se entregará al gobierno francés.

ARTICULO 10.

«Los diamantes de la corona pertenecerán á la Francia.

ARTICULO 11.

«El emperador Napoleon devolverá al tesoro y demas cajas públicas todas las sumas y efectos que hayan sido sacados de ellas por su orden, como procedentes de la lista civil.

ARTICULO 12.

«Las deudas de la casa de S. M. el emperador Napoleon tales como se encuentren el dia de la firma del presente tratado, serán inmediatamente pagadas con los

atrasos que el tesoro público adeuda á la lista civil, segun los estados que firmará un comisionado nombrado al efecto.

ARTICULO 13.

«Las obligaciones del Monte Napoleone de Milan con todos sus acreedores, sean franceses ó estrangeros, se cumplirán esactamente sin que se haga ninguna variacion en el particular.

ARTICULO 14.

«Se espediran los salvo-conductos necesarios, para el libre viage de S. M. el emperador Napoleon, de la emperatriz, de los príncipes y princesas, y de todas las personas de su comitiva que quieran acompañarle ó establecerse fuera de Francia, como tambien para el paso de los equipages, caballos y efectos que les pertenezcan.

«En su consecuencia las potencias aliadas, suministrarán los oficiales y hombres necesarios para la escolta.

ARTICULO 15.

«La guardia imperial dará un destacamento de mil doscientos á mil quinientos hombres de todas armas, para servir de escolta hasta Saint-Tropez, punto del embarque.

ARTICULO 16.

«Se aprestará una corbeta armada y los barcos de trasporte necesarios, para conducir al lugar de su destino á S. M. el emperador Napoleon y su sertidumbre. La corbeta quedará como propiedad de S. M.

ARTICULO 17.

«S. M. el emperador Napoleon podrá llevar consigo y conservar cuatrocientos hombres para su guardia que voluntariamente se presten á ello, tanto oficiales, como sargentos y soldados.

ARTICULO 18.

«Todos los franceses que sigan á S. M. el emperador y su familia, si no quieren perder su cualidad de franceses, estarán obligados á volver á entrar en Francia en el término de tres años, á menos que no estén comprendidos en las escepciones que el gobierno francés se reserva hacer, concluido aquel término.

ARTICULO 19.

«Las tropas polacas de todas armas que se hallan al servicio de Francia, quedan en libertad de volver á su pais, conservando sus armas y bagages como un testimonio de sus honrosos servicios. Los oficiales, sargentos y soldados conservarán las condecoraciones que les hayan sido concedidas, y las pensiones anejas á ellas.

ARTICULO 20.

«Las altas potencias aliadas garantizan la ejecucion del presente tratado, y se obligan á obtener que sea adoptado y garantido por la Francia.

ARTICULO 21.

«El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones se cangearan en París en el término de dos meses, ó antes si fuera posible.

«Fecho en París el 11 de abril de 1814.

»Firmado: CAULAINCOURT, duque de Vicenza,

«El mariscal, duque de Tarento, MACDONALD,

«El mariscal, duque de Elchingen, NEY,

«Firmado: El príncipe de METTERNICH...»

Los mismos artículos fueron firmados separadamente y con la misma fecha, por parte de la Rusia, por el conde de Nesselrode, y por parte de la Prusia, por el baron de Hardenberg.

IV.

Tal fué el tratado que liquidó la sangre de un millon de hombres, el imperio, el génio y la gloria de diez años. Una estrecha isla del mar de Toscana, iba á encerrar al hombre que la Europa no habia podido contener. ¿Era un reposo definitivo, ó solo una pausa de aquella vida que agitaba la de su siglo?... Eso era lo que todos preguntaban al dia siguiente de firmarse aquel tratado. Por lo tocante á Napoleon, no era evidentemente mas que una parada. En su pensamiento ya se preparaba á recobrar lo que le quitaban, por medio de lo que le dejaban. Conocia á los hombres, tenia la esperiencia de la fortuna, sabia cual era la fuerza de su ejército, y creia en el dia siguiente de todas las cosas humanas. Para los hombres de un sentido profundo, y para él, no era dudoso que aquella aparente espiacion de su gloria, iba á satisfacer prontamente los resentimientos del pueblo; que el destierro iba á ponerle á cubierto de la impopularidad de su caida; que las dificultades y las faltas del nuevo reinado iban á producir quejas, excusas y comparaciones en favor de la opinion que iba á rejuvenecer acrisolándose con el infortunio á los ojos de sus partidarios; que su gloria, cubierta con un velo, pero no estinguida, iba á brillar desde lejos con mas resplandor y prestigio; y en fin, que aquel peñasco tan próximo á la Italia y á la Francia, llegaría á ser el refugio de todas las esperanzas de su partido, y el punto de apoyo de todas las facciones interiores. Atenas no aproximó á Temistocles á su patria, sino en su sepulcro: Napoleon era mas que Temistocles. No habia para la Europa mas que dos medios de preservarse de su genio: un destierro lejano y que no pudiese traspasar, ó el trono abatido á donde se le dejase volver á subir vencido, y en pugna con la libertad de su pais. Un

tratado de paz firmado por él despues de la ocupacion de París, y sobre las ruinas de su imperio, le degradaba á los ojos de la Francia. Un tratado de ostracismo, le engrandecia y le renovaba. Solo la ignominia mata la gloria. Alejandro se manifestó en aquel tratado, magnánimo pero sin conocimiento de la historia. O no previó nada, ó previó demasiado. Tal vez sus consejeros pensaron dejar aquella amenaza viva sobre el reinado de los Borbones.

V.

Caulaincourt y Macdonald llevaron aquel tratado á Fontainebleau, sin desconocer las dificultades que iban á encontrar para hacérsele firmar á Napoleon. Pero estaban resueltos como la Europa á dejar que se cumpliese aun contra la aparente voluntad de aquel cuya suerte aseguraba. Ya estaban cansados de luchar por él y contra él: el honor y la fidelidad quedaban satisfechos. Ratificado ó no el tratado era en adelante la ley del destino.

Napoleon le recibió con fingida indignacion, aunque ya sabia con anticipacion todos sus pormenores, por las noticias secretas que Caulaincourt le habia enviado hora por hora. Pero convenia á su futuro papel, protestar hasta la última estipulacion. Parecia que todavia aguardaba del tiempo alguna cosa: no queria dejarle nada de cuanto pudiera tener que darle. «¿Me traeis por fin mi abdicacion?» gritó con voz desentonada al ver á su plenipotenciario. Caulaincourt, asombrado, le contestó, que la primera base del tratado habia sido naturalmente la abdicacion entregada á los soberanos, y que ya hacia largo tiempo que tenia publicidad como los demas documentos oficiales. «¿Y qué me importa á mí ese tratado?» contestó Napoleon, no quiero reconocerle, ni firmarle, y no le firmaré.»

Todo el dia le pasó en disputar con sus enviados. Cansados de sus subterfugios y desalentados con su resistencia, dejaron el tratado sobre la mesa, y se retiraron para que reflexionase durante la noche.

VI.

A media noche, los criados del emperador fueron á llamar á Caulaincourt, que estaba durmiendo. Este encontró á Napoleon con dolores de estómago y de nervios que le tenian pálido y postrado, y habian alarmado á sus servidores. Le asistia su primer cirujano Ivan. En su habitacion se hablaba por lo bajo de si habia ó no intentado un suicidio tragando el veneno de Cabanis, con el que Condorcet, cuando se hallaba preso, se sustrajo del suplicio. El emperador no confesaba ni desmentia aquella sospecha, que daba un carácter trágico á una indisposicion lijera, y un pretexto para las tiernas súplicas de sus amigos. Su médico se limitó á hacerle tomar algunas tazas de té, y sin mas medicamentos se alivió y volvió á dormirse. El médico, despues de reconocidos los sintomas, temió tan poco las consecuencias de aquel pretendido envenenamiento, que al rayar el dia se ausentó de Fontainebleau.

VII.

Al despertar, prosiguiendo Napoleon en términos ambiguos la idea de un envenenamiento que la fatalidad le habia impedido llevar á cabo: «Dios no lo ha querido, dijo, no he podido morir.» Y como sus servidores, aparentando temer que renovase aquella tentativa, le hablasen de su gloria, de su esposa, de su hijo, y de la

Francia, que debían hacerle amable la vida: «¡Mi hijo! exclamó, ¡mi hijo! ¡que triste herencia le dejó!... ¡Ese niño que nació rey, no tiene en el día ni aun patria!... ¡Por qué no me dejan morir!...»

«¡No, señor, le respondió con ternura Caulaincourt, la Francia debe lloraros en vida!...»

«¡La Francia, repuso Napoleón, me abandona!... La ingratitud de los hombres me ha hecho volver la cabeza con disgusto.»

Y descorrió con un gesto violento las cortinas de su cama que le ocultaban los primeros rayos del sol: parecía tan lleno de vida y de poder sobre sí mismo, que solo el rayo hubiera podido anonadarle. «En estos últimos días he sentido tal concentración, y tal eco de los acontecimientos en mí, dijo, que he temido la demencia. La demencia, añadió es la caducidad de la humanidad. ¡Antes la muerte!...»

«Después de un momento prosiguió: hoy firmaré: retiraos.»

VIII.

Esta última palabra descubría bastante bien el secreto de la noche. Napoleón quería tener testigos de la violencia moral que le arrancaba un consentimiento de que se retractaría algún día. Había luchado hasta el suicidio, y solo había cedido á la imposibilidad de morir. Ningun entendimiento reflexivo creyó en semejante envenenamiento. La perfecta entereza de sí mismo que atestigua la obstinada diplomacia de sus actos, de sus palabras y de su negociación durante aquellos días, la libertad de su juicio antes y después de la escena nocturna, la levedad de la indisposición, la insignificancia de su tratamiento, el poco cuidado del médico, y la prontitud del restablecimiento, todo indica ó una alteración casual de

su salud, ó una escena trágica para escusar la ratificación, y para escitar la compasión y el enternecimiento del siglo. Hasta la naturaleza de Napoleón era antipática al suicidio. Su espíritu era fuerte, su alma no tenía ternura ni debilidad: solo sentía por medio de la inteligencia. Su genio matemático todo lo calculaba y no su cumbia á ninguna sensibilidad. Jamás una lágrima por la muerte de sus compañeros de armas mas queridos, empañó sus ojos y su juicio. La ingratitud y el abandono le tenían irritado y humillado, pero estaba muy distante de desesperar del porvenir. Semejante hombre no se mata cuando le queda un ejército, una gloria que saborear y un imperio que reconquistar. Las mismas cláusulas de aquel tratado que disputaba una á una, manifiestan bastante que no pensaba concluir con su vida. La isla de Elba á que se dirigían sus pensamientos, y de la que ya soñaba en volver, es el contra-sentido de la muerte buscada en Fontainebleau. Por otra parte, Napoleón era corso: sus fibras participaban de la luz y del aire del Mediodía: el suicidio es una enfermedad del Norte.

Pero su naturaleza era teatral como su destino. Grande actor, hacía quince años en la escena de la Europa y del mundo, combinaba sus ademanes, y estudiaba su gesto y su papel. Cómico hasta en las violentas congojas de su fortuna, necesitaba en su desenlace un paso trágico: si no le hizo, le aceptó de la casualidad. Tal fué la noche de Fontainebleau.

IX.

Después de levantarse, mandó llamar á Caulaincourt, á quien podía engañar menos que á cualquiera otro, por que el amigo de los últimos días había sido encargado confidencialmente por él mismo de preparar las condiciones

que entonces rechazaba en voz alta: «Ahora, le dijo, apresurad la conclusion de todo. En cuanto firme ese tratado, volvedle á poner en manos de los soberanos aliados: decidles que yo solo trato con ellos, y de ningun modo con el gobierno provisional, en el que no veo mas que traidores y facciosos.»

Entraron Macdonald y Ney: tomó la pluma y firmó. En su semblante se notaban las señales del mal estar de la noche, y de la agitacion verdadera ó fingida de su alma. Su frente, oculta entre sus manos estaba inclinada sobre sus rodillas. Se levantó para dar las gracias á Macdonald que era quien le debia menos, y el que le habia servido mas. En él se vengó noblemente de la ingrata aspereza y de la prisa de los demas en abandonarle. «Mariscal, le dijo, ya no soy bastante rico para recompensar vuestros últimos y fieles servicios: me habian engañado en cuanto á vuestros sentimientos hácia mí.—Señor, desde 1809, lo he olvidado todo, contestó Macdonald con la generosidad de un alma grande.—Es verdad, lo sé, añadió el emperador, mas puesto que ya no puedo recompensaros como quisiera, deseo tengais al menos un recuerdo mio, que os traiga igualmente á la memoria, lo que habeis sido en estos dias de prueba. Caulaincourt, dijo, volviéndose hacia su caballerizo mayor, pedid el sable que me regaló en Egipto Mourad-Bey, y que yo llevaba en la batalla del Monte Tabor.» Trajeron el arma oriental, y alargándosela Napoleon al mariscal: «He aquí el único premio, le dijo, que puedo dar á vuestra adhesion, ¡Fúisteis mi amigo!..—Señor le contestó el intrépido guerrero estrechando el arma contra su corazon, le conservaré toda mi vida, y si tengo un hijo, será su mas preciosa herencia.—Dadme la mano, murmuró Napoleon, y abracémonos.» Napoleon y el general se abrazaron, y al separarse, sus ojos estaban humedecidos con el llanto.

X.

La firma del tratado por Napoleon fué en palacio la señal de una desercion casi universal. Cada uno no tenia ya mas que pensar en su propia paz con el nuevo gobierno. Todos se apresuraban á huir: todos temian que el emperador no señalase su nombre entre los de aquellos cuya fidelidad invocase para el destierro. De todos los antiguos ministros, solo Maret quedó en su puesto de secretario de Estado, al lado de su amo sin poder y sin corte.

Despues que Caulaincourt y Macdonald llevaron el tratado firmado á Paris, los soberanos aliados nombraron cada uno un comisionado para acompañar al emperador hasta el puerto del Mediterráneo por medio de la Francia: Schouwalof por la Rusia, Koller por el Austria, Camphell por la Inglaterra, y Valdeboug-Fruchssefs por la Prusia. Corte del destierro, encargada de vigilar, preservar y honrar al proscrito de la Europa. La irritacion del Mediodía de la Francia era entonces tal contra Napoleon, que necesitaba una salvaguardia entre su propio pueblo. Por el contrario, en los departamentos del Centro y del Este, su presencia podia despertar el entusiasmo militar, y dar un gefe á la insurreccion y á la independencia de la patria. Bajo estos dos aspectos, la escolta de los comisarios y de una fuerza armada imponente, era necesaria para los soberanos y el mismo Napoleon. Su muerte hubiera parecido el crimen de la Europa: su evasion y su llamamiento á las armas, habria sido la renovacion de una guerra sin grandeza, pero no sin calamidades.

Caulaincourt precedió algunas horas á la llegada de los comisarios á Fontainebleau, para preparar al emperador á la vista de aquella córte estrangera. El palacio

parecía ya un sepulcro. En los patios y salones reinaban el vacío y el silencio. Solo debajo de los balcones, solían verse algunos grupos de soldados, menos habituados al espectáculo de las vicisitudes, y menos gastados con las compasiones humanas, que andaban errantes al derredor de las paredes y de los jardines del palacio, procurando divisar por entre las balaustradas de los parterres y balcones, la figura fugaz de su general, para consolarle con sus aclamaciones. El emperador se presentaba y desaparecía por intervalos. No daba muestras de animarse ni de atender á aquellos gritos. Parecía abortido en sí mismo: su cuerpo estaba sin tranquilidad como su alma.

XI.

En aquel momento se paseaba solo y con lentos pasos por las calles de un parterre reservado, cubierto apenas por nacientes hojas, semejante al jardín monástico situado entre una ala avanzada, y las paredes de la capilla del palacio. Las sombras del bosque forman el fondo de aquel horizonte rodeado de encinas, en donde el pensamiento se pierde en una soledad sin límites. Allí fué donde se acercó á él su confidente. Los pasos y la voz de Caulaincourt apenas pudieron arrancar al emperador de sus ilusiones. Hubiérase dicho que era la sombra de Carlos V, llorando el imperio en los corredores del monasterio de Yuste. Acababa de ser herido en el corazón, por una deserción muda mas sensible que todas las demas. Berthier habia partido furtivamente sin ser despedido y sin despedirse. Aquel mariscal, compañero privilegiado del emperador desde sus campañas de Italia, era el Efestion de ese otro Alejandro. Dormía en su tienda, comía á su mesa, sabia hasta el último de sus pensamientos, era el órgano de sus órdenes, su voz, su pluma, su mano, su alma. Pero Berthier alimentaba ya

hacia quince años en su corazón, uno de esos amores ingenuos y caballerescos que son la estrella y la fatalidad de toda una vida. Amaba á una hermosa italiana que en otro tiempo le habia hechizado en Milan, y de la que no habian podido separar un momento su pensamiento y sus ojos, ni la guerra, ni la ambicion, ni la gloria, ni la amistad del emperador. La víspera de los combates, el retrato de aquella hermosura, divinizada por su culto, estaba colgado en su tienda al lado de sus armas, rivalizaba con sus deberes, y le consolaba de su ausencia, con la presencia imaginaria de la que adoraba. La idea de dejar para siempre aquella muger, si el emperador exigía de su reconocimiento que le siguiese al destierro, habia estraviado el alma de Berthier. Desde la abdicacion, temblaba á cada instante que su amo pusiese su adhesión á la mas dura prueba, mandándole que eligiese entre su pasión y su deber. Se libró de ella, abandonando clandestinamente á su compañero de armas y su bienhechor. Infiel al destierro de Napoleon por fidelidad á su amor, huyó como para enlazarse mas, y fué á ofrecer su traición á los Borbones. Todavía no se habia embarcado Napoleon para la isla de Elba, cuando ya Berthier su mayor general y su confidente militar, arrastraba ya por los artesonados salones de las Tullerías, con el plumero blanco, su deferencia y su adhesión al nuevo reinado, ejemplo mas de postración ante la fortuna. Napoleon no podia quejarse: habia querido el abatimiento de las almas. La fidelidad es una fuerza del corazón; pero al fin gemia. La ausencia de unos hombres á quienes veía á todas horas despues de tantos años, y la desaparición de los individuos con quienes tenia mas familiaridad, le desgarraban el corazón. Sin embargo, no era mas que la dilaceración de sus costumbres porque se habituaba, pero no se adhería.

«Y bien, dijo con una voz, que se esforzaba en hacer jovial aunque estaba alterada, aludiendo á su partida, ¿quereis ejercer hasta el fin vuestras funciones de caballero mayor?... ¿concebís que Berthier haya partido sin despedirse de mí?... Nació cortesano, añadió con desprecio, ya vereis como antes de poco mi vice-condestable mendigará un empleo en la corte de mis enemigos.» Luego, pasando revista á todos los mariscales y dignatarios de su imperio que habian seguido á la fortuna fugitiva ya hacia algunos dias: «Estoy avergonzado por la especie humana y por la Francia, exclamó, de que unos hombres á quienes tanto he elevado, se rebajen tanto solo por su carácter. ¿Qué deben pensar los soberanos extranjeros de unos hombres, que eran el adorno de mi reinado?... ¡Acelerad, acelerad ahora mi marcha!... ¡Me abochorno de la ignominia de la Francia!... Ved ahí á los comisarios: dadles prisa; marchemos...»

En el mismo momento en que de aquel modo acusaba á los que habia asociado á todas sus glorias, á todo su poder, y á todos sus despojos, el ejército subalterno, cuyos servicios, heroismo, y cuya sangre habia prodigado con criminal desprecio, y cuyos cadáveres habia sembrado por todos los caminos de Europa, se adhería á él de todo corazón. Cada minuto le presentaban en el jardín bravos sargentos ó soldados de su guardia, que iban á suplicarle les inscribiese en el número de las tropas que le dejaban con arreglo al tratado, solicitando el destierro con mas ahinco que la vispera habian procurado una mirada, una condecoracion ó un grado. Las grandes acciones vienen siempre de las masas, porque participan de la naturaleza. La naturaleza es magnánima; las cortes son egoistas; el favor corrompe.

La necesidad de hacer ratificar en Lóndres el tratado de Fontainebleau, prolongó por algunos dias la presencia del emperador en aquella residencia. Esos dias, que él mismo procuraba prolongar artificiosamente como para aguardar algun movimiento de la Francia en su nombre, y gozar de un resto de aparato imperial, fueron silenciosos, ociosos y tristes. El pesar y el reconocimiento trajeron de Paris algunas visitas aunque raras: querian estar en regla con las dos fortunas: eran cortesanos que se envanecian de saludar á la una despues de haberse despedido de la otra. Pero estas consideraciones de la defeccion hácia la desgracia, fueron en muy corto número. La multitud, para satisfacer su impaciencia, no pensaba mas que en que se alejase cuanto antes, aquel á quien habian deificado por espacio de diez años. Les parecia que se llevaria consigo al otro lado de los mares la reprobacion de su ingratitud. El nombre y la sombra de Fontainebleau, estaban demasiado cerca de Paris.

Macdonald, Mortier y Moncey, soldados de una época menos servil que la del Imperio, volvieron á honrar la antigua lealtad y la antigua fortuna. Los recibió con reconocimiento. Aquellos nombres contrastaban con los de aquellos cuya ausencia acusaba. ¡Cambaceres, solia exclamar, Molé, Ney, sobre todo Berthier, y hasta Fontanes!... ¡Fontanes, el proscripto recogido por el consulado!... ¡Fontanes, el favorito de su hermana!... ¡Fontanes, el poeta de la religion y del trono, el orador de la prosperidad, ahora el senador traficando con la Restauracion, la destitucion de su ídolo imperial!... No podia consolarse de aquel abandono. Las letras, que tanto habia envilecido, le parecian entonces las guardadoras de la virtud y del poder de los caracteres. En las filas de los

grandes hombres de la filosofía ó de la poesía, es donde se encuentran ejemplos de fidelidad tanto en los tiempos antiguos como en los modernos. Fontanes, por su alma elevada, sus talentos áticos, y por la dignidad de su vida, hubiera debido perpetuarlos. ¡Mientras que era poderoso, había protegido á sus rivales contra la cólera del emperador; había defendido noblemente en Mr. de Chateaubriand y en madama de Staél, la generosa independencia del talento y del corazon, y era ya uno de los favoritos del reinado futuro!... El secreto de aquella conducta de Fontanes, no estaba en su corazon sino en sus opiniones. Habia sido realista con Andrés Chenier, De-lille y Roucher, por indignacion contra los crímenes de la demagogia y por una generosa compasion á los mártires de los Borbones. Habia luchado entonces intrépidamente con la sanguinaria tiranía del pueblo: habia arros-trado el cadalso y sido proscripto. Al encontrar á los Borbones, recobraba los reyes de su juventud, y las memorias de su primera fidelidad. El emperador le habia cansado: veia que volvia á sumergir la patria en la barbarie y en los desastres de las invasiones y revoluciones. Habíase inclinado al lado de la patria, pero habia olvidado al infortunio. Debía colocarse al menos algun tiempo entre Napoleon y él, para exigirle la inaccion, el silencio y el luto. Habia adulado demasiado para maldecir; faltó al tiempo y pareció ingrato para con su bienhechor, pero solo estuvo inoportuno en las actas del Senado contra Napoleon. Este le apreciaba por la elegancia activa de su lenguaje y de su talento: veia en el un literato de la córte de Augusto: no podia consolarse de verle pasarse á otra córte. Así se pasaban las horas en Fontainebleau, en recriminaciones contra la soledad que con la destitucion reinaba en derredor del emperador.

XIV.

Dos dias antes del 20 de abril, fijado definitivamente para la partida, un general obstinado en detener al emperador, fué á referirle el espíritu del ejército francés replegado detrás del Loira, y pronto á renovar la lucha en su nombre. «Ya es demasiado tarde, contestó Napoleon, podia y no han querido: ¡cúmplase el destino!...» Ya no se ocupó mas que de los preparativos personales de su marcha, y de las perspectivas desconocidas de la isla de Elba, en las que se estraviaba su imaginacion. El vacío que el mundo que perdía dejaba en su alma, estaba ya lleno con aquella última y pequeña sombra de dominacion. Vivir para aquel hombre es reinar.

Pero tambien se ocupaba en recoger prendas para en caso de un cambio de la suerte. Una de las que con mas seguridad contaba, era su pronta reunion con su esposa y su hijo. Su muger le proporcionaria en su destierro la respetuosa compasion del mundo y el favor secreto del Austria. Su hijo le aseguraba la familia y la dinastía. No dudaba ó aparentaba no dudar que los soberanos le dejarían aquellos dos consuelos del destierro y aquellos dos complementos de la libertad. Afectaba hablar y escribir de ellos, como si aquellas dos condiciones no tuviesen necesidad de ser escritas. A donde va el hombre va la familia: pero Napoleon era mas que un hombre; era un soberano y una dinastía destronada. No podia olvidar lo que él habia hecho de aquellos lazos de familia, con los príncipes de la casa de Condé, la familia real de Suecia, la de España, el duque de Enghien, Gustavo IV, Fernando VII y Pio VII. arrebatado por la noche de su palacio, para pasar lejos de los suyos una vida abatida, en el mismo sitio en donde él dirigía entonces recriminaciones. Su misma muger, la jóven María Luisa que reclamaba con

tanta confianza y derecho, ¿qué era sino una conquista de la fuerza y un despojo de la política, arrancada á una familia que habia dado á aquella princesa como un rescate? Pero aquellas meditaciones de sus propios actos, no entibiaban su ardor para recobrar la emperatriz, adornar con ella la isla de Elba, y tal vez grangearse su proteccion personal y su compasion mas elocuente y sensible al atravesar aquella Francia que necesitaba enternecer.

XV.

Volvamos ahora á la fugitiva corte de María Luisa, para referir lo que pasaba en ella durante aquel largo hundimiento del imperio y del emperador.

Ya hemos visto que María Luisa salió de París tres dias antes de la ocupacion de aquella capital. Diez coches ocupados por los ministros, altos empleados de palacio, y las damas de su servicio, formaban la comitiva de aquella corte en fuga, que se dirigia á paso lento hácia el antiguo palacio de Rambouillet. La princesa no solo lloraba por aquella fuga, preludio de la catástrofe de su marido, sino tambien por la desagradable necesidad en que se veia de obedecer á los consejeros imperiales, que la conducian á las estremidades desconocidas del imperio, y que pretendian hacer de ella un centro y una provocacion de guerra desesperada. Aqui su esposo, alli su padre, á su vista su hijo, afectos todos, y destinos opuestos en intereses: por cualquier parte que mirase el triunfo, ella era seguramente la víctima. En derredor suyo no veia mas que una corte vendida á su marido, de la cual habia espulsado desapiadadamente hasta la última compañera de su infancia que pudiera recordarla la lengua y la memoria de su patria, y por todas partes ojos que espiaban sus lágrimas, y que la exigian cierta acti-

tud en poblaciones desafectas. Todo esto era mas que suficiente para llenar de amargura y tristeza el corazon de una jóven de veinte años. Cambaceres, con impasible continente, tembloroso corazon, y pensamientos inciertos, seguia á los grandes oficiales de la corona.

XVI.

La comitiva se detuvo una noche en la antigua soledad de Rambouillet. La falta de noticias de París, y el temor de ser cortados por algunos cuerpos de caballería enemiga, hizo apresurar al dia siguiente la salida para Chartres, á donde llegaron por la noche José y Gerónimo, hermanos destronados del emperador, con la reina, el ministro de la guerra Clarke, y otros funcionarios que se habian evadido de París. La emperatriz Josefina y su hija, se habian refugiado aquel mismo dia en el palacio de Navarra en Normandía, patrimonio de aquella emperatriz despues de su repudiacion. Dos emperatrices, dos cortes y dos dinastías desposeidas, seguian á aquel imperio, tan lleno de grandeza como de ruinas, diez años despues de su advenimiento.

En Vendome, recibió la emperatriz la primer carta de Napoleon desde su salida de las Tullerías. Aquella carta anunciaba á María Luisa la fatal noticia de la ocupacion de París, y la tardía llegada del emperador á la Cour-de-France. Todavía respiraba guerra: alentaba á la corte fugitiva á que manifestase autoridad y seguridad, y alimentaba la esperanza, que todavía conservaba Napoleon, de la próxima y triunfal entrada en París. Durante aquellos dias de angustia, las cartas del emperador á su jóven esposa, se sucedian con bastante frecuencia: mas por íntimos que debiesen ser los desahogos entre un esposo que caía del trono del mundo, y una muger, hija de los Césares y madre de su hijo, á quienes arrastraba en su caída, aquellas cartas, aunque dictadas por el